





ULTIMO ..

**DE
LA
CLASE**

**NO PERTENECE A UNA
SOLA Y UNICA CATEGORIA**

PUEDE SER:





UN "DILETTANTE", UN ELEMENTO INTELIGENTE, PERO DEMASIADO JOVEN, O UN MAL DOTADO

1

el diletante

- indiferente hoy.
- sabe que triunfará mañana.



No es, fatalmente, el alumno menos inteligente, dotado de un mínimo sentido crítico. Existen «dilettantes» de apariencia flemática, majestuosamente indiferentes a las apreciaciones de sus profesores e, incluso, felices de decepcionarles. Parecen tener empeño en obtener malas notas, y la vergüenza de ser el último no les asusta...

Su propia estima les es suficiente, pues ellos se dicen que el día que quieran conquistarán los mejores puestos. Reservan el empleo de sus fuerzas y el tesoro de su inteligencia —inexplotada— en las tareas personales que ellos mismos se imponen, como si sus facultades no pudiesen dilatarse más que en el libre ejercicio de su inteligencia, sobre temas de acuerdo con su sensibilidad y dignos de su atención... Ellos dan, así, una prueba de orgullo, pero este orgullo es señal inequívoca de su fe en el porvenir.

El presente apenas existe para tales espíritus; ellos lo desprecian, pero se exponen a desarrollar demasiado su sentido crítico y sus facultades de análisis sobre temas insignificantes e insuficientemente formativos, corriendo el riesgo de que su actividad mental se oriente hacia la introspección.

Este tipo de escolar, muy mediocre en matemáti-

cas o en latín, devorará novelas o poesías y escribirá su diario o sus primeros ensayos en verso.

Hay, en estos falsos «malos escolares», perezosos voluntarios, un deseo de luchar contra la disciplina del colegio, sobre todo si son internos. Tal independencia de espíritu es peligrosa, especialmente en el aspecto espiritual, pues ella se hace juez de todo y abusa del espíritu crítico, sin que la verdadera ciencia y la información hayan dado a la inteligencia un horizonte bastante amplio.

Más de un hombre ilustre fue, aparentemente, un alumno mediocre, durante sus estudios secundarios.

2

el alumno demasiado joven

- destacaba en primarias.
- entiende, pero no sabe expresarse.
- confunde lo imaginativo con lo real.

El último de la clase, que podrá gradualmente progresar y conseguir un puesto brillante, será, con frecuencia, UN ALUMNO DEMASIADO JOVEN que, habiendo obtenido en los estudios primarios unos éxitos fáciles, no ha alcanzado el desarrollo físico o intelectual exigidos para la materia que él aborda. La abstracción le desconcierta y aunque tenga idea de un hecho o de una regla gramatical, le falta la posibilidad de discernir y de observar las ideas que rigen la sintaxis misma; los conjuntos permanecen alejados de su vista, del mismo modo que las causas próximas o remotas.

Carece de espíritu de síntesis, así como de la facultad de ver y de observar. Este alumno procede por intuiciones sucesivas; adivina más de lo que comprende, pero sus intuiciones están muy alejadas de sus certidumbres infantiles. Sus puntos de vista tienen la fragilidad de una ilusión o de una simpleza.

Este «último de clase» demasiado joven vive en el dominio de lo discontinuo. Si se trata de matemáticas, especialmente de geometría, el rigor del encadenamiento de las proposiciones escapa al alumno demasiado joven; no ve las propiedades de las figuras (sin rostro humano) que tiene delante de él; observa difícilmente





similitudes y diferencias y su memoria no puede retener lo que, a sus ojos, es inhumano.

He aquí lo que se puede observar en un niño insuficientemente cultivado, incluso inteligente, de una clase superior: el ejercicio de lengua española estará desprovisto del espíritu de método que le aseguraría la unidad o el orden deseado. A menudo, incluso, no comprenderá el tema propuesto; seguirá varias pistas esperando encontrar la verdad «sobre la marcha», pero se extravía continuamente.

Los puntos de vista simplistas, la imposibilidad de descifrar un carácter conducirán a este alumno a escribir en mal castellano unas líneas superficiales, que expresarán ideas absurdas sobrecargadas de contradicciones.

Pero es ésta la versión que permite hacer los más tristes descubrimientos. Las confusiones de palabras y las malas lecturas abundan, sobre todo, en griego. Las relaciones más sencillas entre las palabras no son captadas (un verbo y un complemento de objeto directo, por ejemplo).

La experiencia le convencerá, muy lentamente, y sucederá que la segunda parte de una frase será la contradicción de la primera; habrá traducido unas palabras como si estuviesen desprovistas de ideas, y las últimas líneas de un texto le parecerán extrañas a las del principio.

Tales errores se producen porque el pequeño (más próximo, por su espíritu, a la infancia que a una madurez precoz) vive en un mundo en el que el campo de lo posible y del milagro es ilimitado; tiene tendencia a lo fabuloso, que él confunde con la inteligencia de lo real. Más que comprender, imagina. Sigue la idea que le ha pasado por la mente, sin recelo. No puede ver las relaciones que unen las ideas porque, en primer lugar, no distingue los vínculos de las palabras.

Es necesario, ante todo, que el niño fortifique su memoria; que tenga sentido de los matices y que conozca los diferentes significados del mismo vocablo; que distinga lo concreto de lo abstracto. Hay que desarrollar en él el sentido crítico y la afición a unas ideas, demostrándole que todo se encadena lógicamente y que las raíces y ramificaciones de una idea son infinitas.

Que el pequeño alumno aprenda a leer, a ver, a observar. Sus progresos dependerán de la fuerza y del valor de su ATENCIÓN. ¡Cuántos niños siembran de fantasías y distracciones sus temas de traducción! Olvidan lo que acaban de escribir y el «rigor obstinado» les es totalmente extraño.

El profesor debe estimular al niño temeroso, afec-

tado de inhibición cuando le interroga y capaz de decir las mayores simplezas. Es necesario indicar el camino al que tiene miedo de perderse, lo mismo que es necesario conducir de nuevo al pecador al camino recto.

3 el mal dotado

Este es, verdaderamente, el «último de la clase», y corre el riesgo de serlo siempre. Es de tipo «apático» y sus reflejos son tan lentos como inactiva es su inteligencia, poco agujoneada por la curiosidad. Ninguna mirada es más sombría, más regularmente apagada. Se lee allí un desaliento sin límite y un fatalismo integral.

Cada una de sus experiencias le traiciona: creía haber comprendido su texto, esperaba una buena nota, y él ha cometido las mayores confusiones. Incidentalmente, logrará escribir un tema mejor. De repente, un rayo de esperanza y de alegría dará a su mirada más clarividencia; un estímulo vibrante dilata su corazón, y su rostro parece menos sombrío. Pero no dejará de ser una nueva experiencia, todavía más decepcionante que las otras. Las dificultades del examen propuesto han rebasado la capacidad de una inteligencia que siempre se ha intentado sobreestimar, que se querría elevar a un nivel superior.

El alumno poco dotado, sin antenas, no puede elevarse por encima de una cierta altura ni satisfacer las exigencias de un examen. Carece de un espíritu de sutileza y obedece a una «geometría» que ignora el sentido de los valores. Conoce las terribles alternativas de la esperanza y el desaliento absolutos; no se atreve a hablar ni a responder a una simple pregunta. Ve trampas por todas partes y está persuadido de que no escribirá o no dirá más que tonterías.

Este niño no estaba destinado a estudios abstractos. Los trabajos prácticos de todo orden, la técnica le habrían resultado fáciles y le liberarían de un complejo de inferioridad que envenena su vida. La inteligencia no se ensancha, no se afina, sobre todo porque la memoria no cumple su oficio; y no lo cumple porque «aprende» sin «comprender», y dos, tres, cuatro fracasos son el fruto amargo de sus estudios.

Un niño, un joven habrán esperado, rogado en vano... Esto siempre es triste. Podían haber encauzado su vida por otro camino, pero unos padres obcecados se obstinan en no mostrárselo.

René Fernandat

«Famille, College et Institut»

184, Rue Washington - Bruselas